

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Del fin de la vida temporal.

Consideremos ahora cuán contrarias condiciones á las de la eternidad se hallan en nuestra vida miserable; y empezando por la primera de tener fin y limite, hay en esto dos cosas que considerar: una es el fin, otra el modo de él; una haber de acabarse, otra la manera de acabarse, que aun es por ventura mas miseria que el mismo acabarse; porque verdaderamente, aunque el fin de la vida pudiera caer debajo de eleccion humana, y le dieran á uno á escoger los años que quisiese estar en esta vida, y el modo de salir de ella, aunque no fuese por medio de la muerte y de las enfermedades, el solo haber de acabarse estas cosas temporales bastaba para que se despreciasen, y echaria la consideracion de su fin un jarro de agua en todos sus gustos; porque asi como las cosas por su mayor ó menor duracion tienen mayor ó menor estima, así la vida por haberse de acabar, fuese de cualquier manera que fuese, se hace muy desestimable. Un hermoso vaso de cristal, si fuese tan consistente y de dura como el oro, fuera mas precioso que el mismo oro; pero por ser frágil y quebradizo pierde su estimacion, aunque puede ser que dure mucho tiempo, porque solo el poder no durar, quebrándose por algun descuido, le vuelve de menos valor: así tambien nuestra vida, y con mayor razon, porque la suma fragilidad que tiene es mucho mayor que la del vidrio, pudiendo acabarse por mil accidentes que suceden, y aunque no le sucediera ninguno, porque no puede durar mucho, pues se consume por sí misma, se hace despreciable con todos sus bienes temporales. Pero considerando el modo de acabarse por medio de la muerte, enfermedades y desgracias, que allanan el camino á la muerte y la antecedan es para espantar que hombre que haya de morir haga aprecio de ninguna felicidad temporal, viendo la miseria á que va á dar toda la prosperidad del mundo y la majestad de los mayores monarcas. ¿En qué vino á parar el rey Antiocho (1), señor de tantas provincias? En una melancolia inconsolable y mortal, en un pervigilio que le sacaba de juicio, sin poder dormir

(1) Matth. vi. II Mach. ix.

de dia ni de noche, en un dolor de las entrañas que se las hacia echar, en un quebrantamiento de huesos que no podia menearse; y aquel que parecia que tenia imperio sobre las ondas del mar, y que colgaban de su mano los montes mas empinados de la tierra, y que se levantaba su majestad sobre toda humana potencia, no podia tenerse en su estado, ni dar un paso. Aquel que vestia ricas sedas y delicadísimas holandas, y traia sus vestidos mas olorosos que los mas preciosos aromas, echaba de sí tal olor, que nadie podia parar en su presencia de hediondez y asco; y estando aun vivo le hervian por todo el cuerpo asquerosos gusanos, y las carnes se le caian, y sobre todo estaba despechado y rabioso. Considere uno á Antiocho, cuando estaba resplandeciente mas que el oro, cargado de riquezas y galas en un generoso caballo, haciendo temblar la tierra, y mandando á numerosos ejércitos; y despues, cuando estaba en su lecho exhausto, pálido, sin fuerzas, hediondo, manando podre y gusanos, y huyendo de él las gentes, porque el pestilencial hedor que echaba de sí contaminaba á todos los reales de su ejército, y finalmente considérole morir rabiando. ¿Quién viendo este fin tuviera envidia á sus principios? ¿Quién viendo esta muerte quisiera la felicidad de la vida? ¿Quién con carga de tal miseria quisiera su fortuna? Mire en qué paran los bienes de la vida; porque como las claras aguas del Jordan van á parar al cieno pestilencial del mar Muerto, y se hunden en aquel asqueroso betun, así tambien el mayor resplandor de esta vida va á parar á la muerte, y al asco de las enfermedades que le suelen acompañar. Mira en qué cieno y suciedad pararon los dos Herodes, Ascalonita y Agripa, reyes tan poderosos (1). Este, que vestia brocado, y ostentaba mayor majestad que de hombre mortal, vino á parar á poder de los gusanos, que vivo se le comian las carnes todas corrompidas y apostemadas, manando horrible podre y materia. Pues la majestad del Ascalonita ¿á qué llegó? Á ser consumido de piojos, acabándole á bocados estas sábandijuelas asquerosas. Aquel rey Acab (2), vencedor del rey de Siria y de otros treinta y dos reyes, ¿cómo vino á fenecer su reino? A travésado el estómago y pulmon con una saeta descaminada, teñido todo el carro real de su negra sangre para mantenimiento de perros que la lamieron como si fuera de fiera. Ni la fortuna de su hijo el rey Joram fue de mayor condicion (3); pues atravesada la espalda y corazon acabó, y á él le comieron las aves y los perros, faltándole aun siete palmos de tierra para sepultura al que en vida era señor de tanta. Pues á César ¿quién le conociera triunfando del pueblo triunfador del mundo, y despues agonizando todo ensangrentado con veinte y tres fuentes de sangre que corrian por su cuerpo, las cuales abrieron otras tantas puñaladas? ¿Y quién creyera que era un mismo Ciro el que sujetó al imperio medo, asirio y caldeo, el que por

(1) Act. xii. Vide Joseph. — (2) III Reg. xx, 22. — (3) Vide Tirinum, et Sanchez, in III Reg. xxi, et IV Reg. ix.

treinta años de victoria admiró al mundo, rindiendo grandes reyes y capitanes, y el que fue rendido y muerto ignominiosamente de una mujer? Pues ¿para parar en esta afrenta gastó treinta años de honras? ¿Quién creyera que era un mismo Alejandro (1) el que con la espada en la mano sujetó á los persas, á los indios, al mundo, y el que despues de sola una calentura no se podia tener en su estado, flaco, débil, exhausto, lleno de palidez y quebranto, ardiendo de sed, sin gusto en la comida, y sin ninguno de la vida, quebrados los ojos, afilada la nariz, levantado el pecho, sin poder pronunciar palabra? Asombro es como consumió á la mayor potencia y fortuna del mundo el calor de una sola fiebre; asombro es como se hunde toda la prosperidad temporal con solo un humor desconcertado.

Asombro es cuán grande mónstruo es la vida humana, pues tiene tan desproporcionados extremos. La felicidad incierta de toda la vida para en una cierta miseria. Grande mónstruo fuera si uno tuviera un brazo de hombre y otro de elefante, el un pié de caballo y otro de oso. Pues no tiene la vida mas proporcionadas sus partes. ¿Quién hay que quisiera casarse con una mujer de lindo tallé y cuerpo, pero con la cabeza de un dragon monstruosísimo y hediondo? Por cierto que aunque trajera gran dote ninguno la apetecería. Pues ¿para qué nos casamos con esta vida, aunque parezca que nos trae muchos bienes? Pues no es menor mónstruo, porque aunque tenga hermoso cuerpo, su fin es horrible y lastimoso. Bien dijo un filósofo que el fin era la cabeza de las cosas, y la verdad es, que así como los hombres se conocen por el rostro, así tambien debemos conocer las cosas por su fin; por lo cual quien quisiere conocer la vida mire su fin. ¿Qué fin de la vida hay que no sea miseria? Y así toda la vida debe tenerse por miserable. No se engañe nadie con el vigor de la salud, con la abundancia de las riquezas, con el resplandor de la autoridad, con la grandeza de la fortuna; porque cuanto mas dichosa fuere, tanto será mas miserable, parando toda su dicha en miseria. Así Argeliano, oyendo alabar por muy dichoso al rey de Persia, corrigió á los que le alababan diciendo (2): Deteneos, que tambien el rey Priamo, cuyo fin fue tan lastimoso, cuando era de la edad del rey de Persia no era desdichado; dando á entender como los mas dichosos no se habian de envidiar, por el fin incierto que les espera. ¿Cuántos son los que parecen dichosísimos en este mundo? Pero en breve tiempo dirá la muerte cuál puede ser la felicidad de esta vida. Por esto Epaminondas, cuando le preguntaron cuál era mas valiente capitán, él ó Cabrias, ó Ificrates, respondió (3): que mientras vivían no se podia saber esto; que el último día de la vida de cada uno dará la sentencia de ello. Nadie se engañe viendo la prosperidad de un rico, ni mida su felicidad por lo que ve de presente, sino por aquello en que vendrá parar: no por los

(1) Plutarc. in ejus vita. — (2) Ibid. — (3) Ibid.

grandes palacios, no por el lustre de su dignidad, sino atienda en qué vendrá á fenecer todo aquello que mas admira; porque, á bien librar, vendrá á parar en una cama, donde todo podrido y deshecho luche con las ansias de la muerte; esto es á mejor librar, porque, ó el enemigo á puñaladas, ó una fiera á bocados, ó una teja que arrojó el viento, ó un rayo del cielo, podrá acabar con todo cuando menos se piense. Esto dicta la razon, aunque no hubiera experiencia de ello; pero vemos el testimonio que cada dia dan los que están ya en las puertas de la muerte; porque á esta vida nadie la conoce ni mira mejor que quien la tiene vueltas las espaldas.

Estando Magon, inclito capitán de los cartagineses y hermano de Aníbal, herido mortalmente, confesó esta verdad á su hermano, diciendo: ¡Oh cuál es el fin de la fortuna y de la vida! ¡Cuán gran locura es holgarse del puesto levantado! El estado de los poderosos está sujeto á innumerables borrascas, cuyo remate es irse á pique y hundirse. ¡Oh cuán tembladiza es la cumbre de las grandes honras! La esperanza de los hombres es falsa, vana, y muy débil toda su gloria, afectada con fingidas caricias. ¡Oh vida incierta, expuesta á un perpétuo trabajo! ¿Qué me aprovecha ahora haber puesto fuego á los mas altos edificios y alcázares, destruido las ciudades y turbado á los hombres? ¿Qué me aprovecha, hermano mio, haber levantado palacios tan costosos, tan altos y dorados y de precioso marfil, pues muero ahora en el campo á vista del cielo? ¿Cuántas cosas tienes pensamiento de hacer, no sabiendo qué fin tan amargo han de tener? Vesme aquí que me muero, y sábeta que presto me seguirás.

§ II.

Pero no miremos todos los géneros de muerte que hay, sino la que se tiene por muerte mas dichosa, que es cuando no por violencia ni repentinamente muere uno, sino de espacio, con alguna enfermedad que naturalmente le acaba. ¡Qué mayor miseria de la vida, que llegue á ser dicha cosa tan miserable, solo porque es menor miseria! Pero en sí no lo deja de ser muy grande; porque ¿qué angustias y congojas no pasa quien de esta manera muere? ¡Cuánto le afligen los accidentes de la enfermedad, el calor de la calentura que le abrasa las entrañas, la sed de la boca que no le deja hablar, el dolor de la cabeza que le impide el entender, las congojas del corazón que le melancolizan de muerte, y otros graves accidentes, que suelen ser mas que tiene el cuerpo humano miembros! Sobre ellos vienen los remedios, que no son menos penosos que los mismos males. Allégase á esto el cuidado de lo que deja y mas bien quiere, y sobre todo no sabe dónde ha de ir á parar, si al cielo ó al infierno. Si sola la memoria de la muerte se dice amarga, ¿qué será su experiencia? Á Saul, con ser hombre de grande ánimo, porque le dijeron que

había de morir al otro día se cayó de espanto medio muerto en tierra. Porque, ¿qué nuevas mas terribles para un pecador que decirle que ha de morir, habiendo de dejar todos sus gustos con la muerte, y de dar cuenta de su vida á Dios? Si se echasen suertes sobre uno, de si le habian de ateneacear y matarle, ó levantarle por rey; ¿con qué sobresalto estaria esperando lo que saliese? ¿Cómo estará uno que agoniza esperando dentro de dos horas la suerte que le saldrá de gloria ó infierno, luchando entre tanto con toda la eternidad que le aguarda? ¿Por ventura esta no es grande miseria? Pues ¿qué vida se puede llamar dichosa, si se tiene por dicha acabar con esta miseria? Si no queremos creer esto, preguntémosle á uno que está agonizando qué le parece de la vida. Preguntémoslo cuando está ya el pecho levantado, los ojos hundidos, la nariz afilada, los piés muertos, las rodillas frias, el rostro pálido, los pulsos sin movimiento, la respiracion dificultosa, con un Cristo y la candela en las manos, diciéndole los que le ayudan á bien morir: Jesús, Jesús, encomendándole que haga repetidos actos de contricion. Este tal, ¿qué dirá que fue su vida, sino cuanto mas próspera fue, que fue mas vana, y su felicidad engañosa, pues vino á tener tal remate? ¿Por cuánto daria todas las honras del mundo? Creo que no solo las diera de balde, pero que pagara mucho por no haberlas tenido, si le fueron ocasion de desagradar á Dios; todas las trocara por haber hecho una confesion bien hecha. El ser monarca de las Españas y señor de tantos reinos en las cuatro partes del mundo (dijo Felipe III) que lo trocara por las llaves de la portería de una humilde religion. Lo que quisiera uno entonces haber sido, y no podrá ya serlo, séalo ahora, pues puede. Gran luz de desengaños es la muerte: mira lo que entonces quisieras haber hecho y no podrás, para que ahora que puedes lo hagas. Necio serás si cuando puedes no quieres lo que querrás cuando no puedas. Si hubiera uno tenido hasta la hora de la muerte los mayores gustos del mundo, ¿qué tendrá entonces de ellos? Nada: cuando mucho gran pesar. ¿Qué tendrá uno de las penitencias y trabajos que llevó por Cristo, aunque hubiese padecido mas que todos los Mártires? Por cierto que entonces ningun dolor ni pena sentirá, sino mucho consuelo. Juzga, pues, cuál te estará mejor hacer ahora, por lo que entonces juzgarás mejor haber hecho. Mira cuán poca sustancia tendrán las cosas temporales cuando te veas á vista de las eternas. Las honras que te hicieron ya no las tendrás, los deleites que gustaste ni aun los podrás tener, las riquezas ha de tener otro. Mira cuál es la dicha del mundo, si es digna que dejemos por ella la felicidad eterna. Ruégote que consideres qué es vida y qué es muerte. Vida es el pasar de una sombra: es breve, trabajosa y peligrosa: es un plazo que Dios nos da en tiempo para merecer la eternidad. Ponte á considerar para qué trazó Dios el rodeo de esta vida, pudiéndonos poner en un momento y del primer golpe en el cielo. ¿Fue por ventura para que perdieras tiempo viviendo en este mundo como bestia, dándote á los gustos vilísimos del sen-

tido, inventando quimeras de honras vanas? No fue sino para que obrando virtud alcanzases por merecimientos el cielo, y mostrases lo que debes á tu Criador, para que en medio de penalidades y trabajos descubrieses cuán fiel le eres. Para eso te puso en estacada, para que hicieses sus partes y defendieses su honra. Para esto te puso en esta milicia y guerra; porque, como dice Job: Milicia es la vida del hombre sobre la tierra, para que peleases por tu Dios, y en medio de enemigos se experimentase cuán leal le eres. ¿Seria bueno que en tiempo de la batalla estuviese un soldado desarmado y entretenido jugando á los dados? ¿Y qué risa causara un gladiador romano, si entrando en el lugar del combate se asentara en la arena y arrojara las armas? Esto hace quien busca en esta vida descanso y las cosas de la tierra, no procurando las del cielo, ni mirando á la muerte, donde ha de parar. Peregrinacion es esta vida; ¿y qué pasajero hay que se divierta tanto en el camino, que se olvide para dónde hace su jornada? ¿Cómo te olvidas tú de la muerte, á donde con gran prisa caminas, aunque mas te quieras parar, porque el tiempo te llevará allá aunque no quieras? El camino de esta vida no es como el de los peregrinos, voluntario, sino necesario; como los condenados á la horea cuando salen desde la cárcel á la plaza. Á la muerte estás condenado, y para ella caminas; ¿cómo te ries? Á un malhechor, despues que le dan sentencia de muerte, le causa tan gran sobresalto, que no puede ya reirse, sino pensar en la muerte. Todos estamos ya condenados á morir; ¿cómo podemos alegrarnos en las cosas que hemos de dejar presto? ¿Quién sacándole á ahorcar se alegraría con una florecita que le diesen, ó se fuera recreando en la misma soga con que le habian de quitar la vida? Pues si desde el mismo punto que sale el hombre del vientre de su madre camina como condenado á la muerte, ¿cómo se puede holgar con una flor del gusto de su apetito, ó, por mejor decir, con un poco de heno? Porque, segun el Profeta, no es mas la gloria de la carne que un poco de heno que luego se seca. ¿Cómo se recrea en las riquezas que tantas veces son á los hombres causa de la muerte? ¿Cómo no miramos esto, y conocemos la vanidad de todo lo que hacemos en la vida, sino es el aparejarnos para la muerte? Pero en ella lo verémos cuando no haya otro remedio, y nos dejen los bienes de la vida por necesidad, ya que no los quisimos dejar con merecimiento.

La muerte es una privacion general de todos los bienes temporales, un despojo tan riguroso de todas las cosas, que aun despoja al cuerpo del alma. ¿Qué sentimiento tiene uno á quien han hurtado sus tesoros, ó confiscan toda su hacienda? Esto hace la muerte, por eso se compara al ladrón: la cual, fuera de quitar la hacienda, quita el alma y la vida. Pues lo has de dejar todo, ¿para qué andas cargado y reventando en vano? ¿Qué mercader hay que si supiese que en llegando al puerto se habia de hundir el navío, que cargase de mucha mercadería? En llegando á la muerte se ha de hundir para tí todo; ¿para qué cargas de lo que no has menester para salvarte, y antes ha de ser de impedimento? ¿Cuántos en una

gran tempestad, por no echar su hacienda al mar, ha tragado el mar á ellos y á su hacienda? ¿Cuántos por tener muchos bienes temporales se han perdido en la hora de la muerte, por no haberlos echado al mar, que aun cuando los bienes los dejan, ellos no los quieren dejar, pensando mas en ellos que en la salvacion de su alma, con grandes congojas por dejarlos? Porque, como dice san Gregorio (1): *Nunca se pierde sin dolor lo que con amor se posee*. Escribe Umberto de un hombre muy rico que estando ya para morir hizo traer sus vajillas y tesoro de plata y oro, y hablando con su ánima le decia: *Ánima mia, todo esto te prometo, y que lo gozarás si no dejas mi cuerpo, y mayores cosas te daré, muchas heredades, y suntuosas casas, con condicion que te quedes conmigo. Pero como le apretase mas la enfermedad, dijo con grande rabia: Pues no quieres hacer lo que te pido, ni quedarte conmigo, encomiéndote al diablo. Con estas palabras espiró luego miserablemente. En esta historia se puede echar de ver la vanidad de las cosas temporales, y el daño que hacen á quien las posee con demasiado afecto. ¿Qué mayor vanidad que no ser útiles en el trance de mayor necesidad é importancia? ¿Y qué mayor daño que cuando no pueden ser de provecho al cuerpo son de daño al alma? Bastaba lo que impiden la salvacion, cuando se tiene en ellas puesta la aficion, para que las aborreciésemos, y no solo las despreciásemos. Roberto de Licio escribe (2), que estando él amonestando á un enfermo para que se confesase y cuidase de su alma, los criados y domésticos andaban muy solícitos por la casa, cogiendo cada uno lo que podia, y el enfermo que lo estaba viendo, y atendia mas á lo que le hurtaban que á lo que le decian de su salvacion, daba suspiros y voces, diciendo: ¡Ay de mí, ay de mí, que he trabajado tanto por adquirir riquezas, y ahora, que quiera ó no quiera, las tengo de dejar y me las arrebatan! ¡Oh riquezas mias! ¡oh dineros mios! ¡oh joyas mias! ¿quién os ha de poseer? Y entre estas voces murió, sin hacer mas caso de su alma que si fuera un moro. Escribe tambien Vincencio Velvacense (3) de uno que habiendo prestado cuatro libras de moneda, con condicion que de allí á cuatro años le habian de volver doce, llegó cuando estaba para morir un sacerdote que le exhortaba á que se confesase, pero no pudo sacar del enfermo otras palabras sino estas: Fulano ha de pagar doce libras por cuatro; y repitiendo esto murió luego. Escribe tambien san Bernardino (4) que estando persuadiendo el confesor á un rico que se confesase, él no le decia otra cosa sino preguntarle: ¿Á cómo pasa ya la lana? ¿cuánto vale ahora? Y como el sacerdote le dijese: Señor, por amor de Dios que deje eso y mire por su alma; el enfermo proseguia en informarse de lo que pasaba en cosas de donde podia esperar ganancias, y decia: Padre, ¿cuándo vendrán las*

(1) S. Greg. Numquam sine dolore perditur, quod cum amore possidetur. Umbert in tract. de septemplici timore. — (2) Robert. de Licio. — (3) Vinc. in Specul. moral. — (4) S. Bernardino.

naves? ¿Han vendido ya? Porque estaba tan metido en las cosas temporales y en sus ganancias, que ni podia hablar ni pensar otra cosa. Pero instándole mas el confesor á que mirase por sí y se confesase, lo mas que pudo sacar de él fue decirle: No puedo. De esta manera murió sin confesion.

Este es el pago que suelen dar los bienes de la tierra á los que mas les aman, que cuando no se dejan ó pierden antes de la muerte, siempre dejan á sus amadores, y muchas veces les pierden. ¡Oh locos hijos de Adan, que dándonos esta breve vida para adquirir los bienes del cielo, que han de durar eternamente, la gastamos en buscar los de la tierra, que han de perecer luego! ¿Por qué perdemos tiempo en lo temporal, y no logramos con el empleo de breve tiempo una eternidad donde no hemos de tener mas que lo que hubiéremos merecido en esta vida, la cual se nos da solo para granjear gloria por toda una eternidad? ¿Cómo no haces nada de esto, y solo te ocupas en las cosas temporales, que luego has de dejar, y negocios de este mundo, de donde luego has de salir, y entrar en una nueva region de lo eterno? Menos serian mil años respecto de la eternidad, que un cuarto de hora respecto de sesenta años. ¿Por qué nos descuidamos, en tan breve tiempo que se puede vivir, de adquirir lo que ha de durar por los siglos de los siglos? La muerte es un momento entre el tiempo y la eternidad: para que en ella se tenga en tiempo negociada la eternidad no nos descuidemos de esto; acordémonos cuánto importa morir bien, y que nos hemos de morir, para que viviendo bien muramos bien.

§ III.

Además de esto, aunque muera uno lo mas dichosamente del mundo, basta ver su cuerpo muerto en saliendo el alma de él, cuán feo y espantable queda el miserable cadáver, que aun los mas amigos huyen de su presencia, y no se atreverán á estar solos con él una noche. Los mas parientes y obligados luego le procuran echar de casa con sola una vil mortaja, y metido en la sepultura, á dos dias se olvidan de él; y el que no cabia en grandes palacios cabe en aposento tan estrecho como son siete piés de tierra. El que se acostaba en camas regaladas y ricas tendrá por cama el duro suelo, y como dice Isaías: Tendrá por colchones la polilla, y por cobertores los gusanos: las almohadas serán cuando mucho los huesos de otros muertos, y cubierto de tierra y con una losa encima le satisfarán, cebándose entre tanto en sus carnes los gusanos, mientras sus herederos triunfan con su hacienda. El que ejercitó las armas y danzó en festivos saraos estará inmóvil y frio, sus manos sin movimiento, y todos sus sentidos sin vida. El que con su imperio y soberbia queria atropellar á todos será pisado de todos. Considérese uno despues de ocho dias muerto cómo estará, y cuán horrendo espectáculo apareciera si le

abriesen la sepultura. ¿En qué se diferenciaria de un perro muerto lleno de gusanos en medio de un muladar? Mira, pues, á quién regalas, á un cuerpo que puede ser que dentro de cuatro dias sea comido de gusanos asquerosos. ¿Sobre qué fundas tantas fábricas de vanas pretensiones? Todas son torres de viento, pues se fundan en un poco de tierra que convirtiéndose muy presto en polvo, caerá todo el edificio que estaba sobre él edificado. Mira en qué para la grandeza humana, y como no es menos miserable y asqueroso su fin que su principio. Sírvate esta consideracion para despreciar todas las cosas de la vida, como ha servido á muchos siervos de Cristo para empezarlo á ser. Escribe Alejandro Faya (1) que habiéndose abierto el sepulcro en que estaba enterrado un conde muy principal, vieron los circunstantes que estaba sobre el rostro de su príncipe gran cantidad de feos y asquerosos gusanos, y otras sabandijas que les causaron tanto horror, que dieron á huir todos: lo cual como viniese á noticia del hijo del mismo conde, que estaba entonces en la flor de su edad, quiso ir á ver aquel espectáculo. Cuando vió tanta podredumbre y gusanos, dijo: ¿Estos son nuestros amigos que criamos y sustentamos con nuestros regalos? ¿Á estos hacemos descansar en camas blandas, en aposentos entapizados y pintados? ¿Y hacemos que vayan creciendo con la variedad de guisados? Mas vale que los maltratemos con el ayuno y matemos con la penitencia, para que muriendo ellos en vida no nos persigan despues en la muerte. Con esto, dejando su gran estado y las vanas pompas del mundo, se fué huyendo con solo un vivo deseo de ser pobre por Cristo, teniendo esto por suma bienaventuranza. Vino á Roma, donde castigó su cuerpo rigurosamente, viviendo en el temor santo del Señor, y ejercitando oficio de carbonero, con que se sustentaba. Finalmente, viniendo un dia á Roma para vender su carbon, dióle una grave enfermedad, la cual sufrió con maravillosa paciencia, hasta que entregó en las manos del Señor su santísima alma.

No causó menor efecto en el corazon del bienaventurado Francisco de Borja, siendo marqués de Lombay, la vista de la emperatriz D.^a Isabel, mujer de Carlos V, cuyo cuerpo difunto llevó para enterrar á Granada. Hizo para entregarla destapar la caja de plomo en que iba, y tenia tan feo y abominable el rostro, que puso horror á los presentes, sin atreverse á jurar ninguno que aquella era la Emperatriz. Fue tan vehemente el hedor que echaba de sí, que se retiraron los mas por no poderle sufrir. ¿Quién no ve aquí la vanidad del mundo? ¿Qué cosa de mas respeto y estima que el cuerpo de un gran rey ó reina cuando viven, y ahora huyen de él cuantas guardas y caballeros le acompañan? Tiénese por dichosísimo quien se consiente estar cerca: háblanles de rodillas como á dioses; pero despues de muertos los desamparan, y se les atreven aun los gusanos, los sapos y los perros. Buen testigo de esto es la reina Jezabel, cuyo cuerpo

(1) Alexandr. Faya, t. 2. Joan. Major verbo Mors. Ex. 12.

regalado en vida fue despues de muerto despedazado de los perros ignominiosamente. Pero volviendo á nuestra historia, solo se quedó el Marqués allí considerando lo que fue la Emperatriz y lo que entonces veia, diciendo entre sí: ¿Dónde está ahora aquella hermosura de rostro, sino hecha podre y gusano? ¿En dónde aquella majestad y gravedad de semblante que hacia respetarse de todos, y tenerse por dichosos los pueblos que le veian? Ahora ha hecho huir á sus mas obligados. ¿Dónde el imperio y cetro, sino resuelto ya en podre y asco? Esta consideracion le trocó el corazon para despreciar todo lo temporal y buscar solo lo eterno, determinándose á no servir mas á señor que se le pudiese morir.

Esta misma memoria de la fealdad de un cuerpo muerto ha de servir para despreciar la hermosura del vivo, como aconseja san Pedro Damiano (1), el cual dice: *Si el enemigo astuto te pone delante la hermosura deleznable de la carne, vaya luego tu pensamiento á mirar los sepulcros de los muertos, y atiende qué se podrá hallar allí suave al tacto, y deleitable á la vista. Considere que aquella ponzoña ahora hiede intolerablemente, que aquella podre engendra y apacienta gusanos, que cuanto hay allí de polvo y ceniza fue antiguamente linda carne que en su primavera estuvo sujeta á semejantes pasiones. Considérense los nervios secos, los dientes desnudos, desbaratada la disposicion de los huesos y artojos, toda la compostura de los miembros enormemente deshecha, y así el monstruo de esta figura informe y confusa sacará del corazon humano todo embeleso y encanto.* Esto es de san Pedro Damiano.

Todo esto ha de pasar por tí á bien ser; ¿por qué no lo consideras para que enmiendes tus costumbres? Este ha de ser tu fin; endereza á esto tu vida y tus acciones. De aquí nacen todos los yerros de los hombres que se olvidan del fin de su vida, habiéndole de tener siempre delante de los ojos, para ajustarla al cumplimiento de sus obligaciones. Con razon aquellos filósofos que llaman bracones tenian delante de las puertas de sus casas abiertos los sepulcros, para que siempre que entrasen y saliesen se acordasen de la muerte para vivir bien. En este sentido es muy verdadera la sentencia de Platon, cuando dijo: Que la sabiduría era la meditacion de la muerte; porque este saludable pensamiento de la muerte nos desengaña de las vanidades de la vida, y da fuerzas para mejorarla: por lo cual debian todos los cristianos acordarse de su fin. Escriben algunos autores (2) que como un confesor no pudiese alcanzar con sus persuasiones de un penitente suyo que hiciese penitencia de sus pecados, contentóse con que le dió la palabra de hacer que un criado suyo le avisase todas las noches al tiempo que se fuese á acostar como se habia de morir, diciendo estas palabras: Piensa en que te has de morir. Habiendo, pues, oido este recuerdo muchas veces, y rumián-

(1) Petr. Dam. in Memor. cap. 23. — (2) Joan. Brom. in Sum. ver. Penitent. n. 12.

dolo profundamente en la cama dentro de sí, volvió finalmente al confesor bien dispuesto para admitir cualquier penitencia. Lo mismo sucedió á otro, que despues de haber confesado con el Papa casos gravísimos, y diciendo que no podia ayunar, ni traer cilicios, ni hacer otras cosas de aspereza: Su Santidad, habiéndolo encomendado á Dios, le dió un anillo en que estaba escrito: *Memento mori*; acuérdate que te has de morir; con cargo de que siempre que le mirase leyese las letras, y se acordase de la muerte. Dentro de pocas horas la memoria de esto le dió tales y tantas vueltas al corazon, que se ofreció á cumplir cuanto el Papa le mandase. Por esto mismo, parece mandó Dios al profeta Jeremías que se fuese á la casa de un alfarero, y allí oyese sus palabras. Bien pudo enviar el Señor á su Profeta, para hablarle, á otra parte mas limpia y no tan cerca del lodo, en el cual habia muchos hombres ocupados; pero hizo esto con particular misterio, para darnos á entender que á la presencia de los sepulcros, donde está el lodo de nuestra naturaleza, como en la casa del alfarero, es muy á propósito que nos hable Dios para oír mejor su palabra con la memoria de la muerte. Por esta causa procura el demonio hacer que nós olvidemos de ella; porque ¿qué otra cosa puede ser que la sospecha sola de alguna pérdida ó daño notable suele quitar el sueño á los hombres, y que la certeza de la muerte, que es de las cosas terribles la mas terrible, no nos dé cuidado?

CAPÍTULO II.

Notables condiciones del fin de la vida temporal.

Fuera de la miseria á que viene á parar toda la felicidad del mundo, tiene otras notables condiciones el fin de nuestra vida muy dignas de considerarse para despreciar todos sus bienes. Ahora principalmente diremos tres: La primera, ser la muerte infalible; porque sin remedio ha de ser; la segunda, ser incierta, porque no se sabe cuándo ni cómo haya de ser; la tercera, ser única, porque no se puede probar segunda vez á morir, para enmendar con la segunda muerte lo que salió mal de la primera. Quanto á la certidumbre é infalibilidad de la muerte, conviene mucho que nos la persuadamos; porque así como es infalible que la otra vida no ha de tener fin, así lo es que esta le ha de tener: y como los miserables condenados están desesperados de hallar término en sus tormentos, así hemos de estar prácticamente desesperados de que los contentos de esta vida hayan de durar. No ha hecho Dios ley mas inviolable que la de la muerte; porque con haber dispensado en otras leyes, y atropellado varias veces con los fueros de la naturaleza, no ha dispensado ni dispensará con la ley del morir, antes ha dispensado con otras

leyes para que con esta no se falte; y no solamente se ha ejecutado esta sentencia de morir, en los que deben morir, pero tambien en quien no debia. En la concepcion de Cristo se rasgaron las leyes tan asentadas de la naturaleza, como son nacer los hombres de la propagacion de otros hombres, y rompiendo la integridad de las madres; pero porque esto no sucediese en Cristo, hizo Dios dos milagros estupendos, violando las leyes naturales, para que su Hijo naciese de Madre Virgen. Mas estuvo tan léjos de exceptuarle de la ley de la muerte, que no perteneciéndole á él, pues era Señor de la ley, y carecia de todo pecado, aun del original, por el cual contrajimos la ley del morir, antes debiéndose á su cuerpo santísimo la inmortalidad y los cuatro dotes de gloria, pues su alma benditísima gozaba de la vision clara de la esencia divina, con todo eso no le quiso cumplir este derecho, é hizo milagros suspendiéndole con su omnipotente brazo los dotes de la gloria del cuerpo, que le habian de resultar de la gloria del alma; todo para que muriese. De manera que guarda Dios la ley de la muerte con tal rigor, que haciendo milagros porque no se guarden las leyes de la naturaleza en otras cosas, no los hace porque no se guarde la de la muerte, aun en quien no la merecia ni la debia: y ya que el Hijo de Dios tomó sobre sí la redencion del género humano, por lo cual convenia á su grande caridad morir muerte de cruz, faltando en su santísima Madre esta razon, y con no deber ella morir por causa del pecado original, pues careció de él, y habiéndola privilegiado en otras muchas cosas, no quiso exceptuarla en la ley inviolable del morir. Pues ¿qué encanto es este que con ser tan cierta la muerte no lo acabamos de entender y persuadirnoslo? Morir tienes, persuádete á ello: ley irrevocable es esta, sin remedio morirás. Tiempo vendrá en que estos ojos con que esto lees estén quebrados y sin sentido, y esas manos que ahora meneas estarán sin movimiento ni vida, y ese cuerpo que tan ligeramente mueves á una parte y á otra ha de estar frío y yerto, y esa boca con que hablas ha de estar sin aliento ni espíritu, y esas carnes que ahora regalas han de estar deshechas y comidas de gusanos asquerosos. Infalible cosa es que ha de venir tiempo en que estés cubierto de tierra, hediondo tu cuerpo, manando asquerosos gusanos, mas horrible á los sentidos que un perro muerto que está podrido en un muladar. Tiempo vendrá en que estarás olvidado de los hombres como si nunca hubieras sido, y te pisarán los que pasaren por encima, sin acordarse que ha nacido tal hombre. Considera esto, y persuádete á tí que has de morir como todos. Lo que ves que ha pasado por tantos cree que por tí ha de pasar. Tú, que ahora tienes miedo de los muertos, has de estar muerto. Tú, que tienes asco de ver en una sepultura abierta los huesos de otros medio podridos, has de estar todo hecho gusanos y corrompido entre siete palmos de tierra. Piensa un rato en esto, mirándote despacio cómo estarás cuando muerto, y te servirá esta consideracion para gran desengaño de tu vida y desprecio de tus bienes.